RUBIO Y MORENO

Juguete cómico en un acto y en verso,

ORIGINAL DE

DON RAFAEL MAROTO

Estrenado con aplauso el día 12 de Agosto de 1906
en el Teatro de la Ciudad Lineal.



MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Núñez de Balboa, 12
1906

RUBIO Y MORENO

RUBIO Y MORENO

Juguete cómico en un acto y en verso,

ORIGINAL DE

D. RAFAEL MAROTO

Estrenado con aplauso el día 12 de Agosto de 1906
en el Teatro de la Ciudad Lineal.



MADRID, 1906
IMPRENTA DE LA COMPAÑÍA MADRILEÑA DE URBANIZACIÓN
OFICINAS: LAGASCA, 6, PRIMERO.—TELÉFONO 1.253
TALLERES: CHAMARTÍN.—TELÉFONO 1.254

Esta obra fué premiada en el Concurso de Comedias abierto por la Sociedad de Espectáculos y propiedad intelectual de Barcelona.

Á sus "juguetones" hermanos Blanquita y Luisito, dedica este literario juguete

El Autor.

REPARTO

Personajes.	Actores.
ISABEL *(Recién casada, rubia)*....	Srta. Sampedro.
CARMEN *(Recién casada, morena)*.	Sra. García (Soledad).
SINFOROSA *(Criada)*...........	Srta. González (Manolita).
RAFAEL *(Tipo de treinta años, barba negra)*....................	Sr. Piquer.
ALBERTO *(La misma edad, bigote sólo)*.......................	» Lacosta.
PEDRO *(Criado)*................	» Alonso.

La obra fué puesta en escena bajo la dirección del Sr. Altarriba.

ACTO ÚNICO

La acción se desarrolla en un balneario. Salón central de lectura, con mobiliario apropiado.

ESCENA PRIMERA

SINFOROSA y PEDRO. (Están limpiando.)

PED. —Anda, limpia, menestrala,
y trabaja bien el cuerpo;
zurra, zurra, con ahinco,
que hay que ganar el sustento
con el sudor de la frente...
SINF. —Vamos, que decir tú eso,
que eres más vago que un loro,
y estás aquí dando el pego...
PED. —¿Que no trabajo, que no?
¿No me ves cómo me muevo?
—Oye, Sinforosa, oye,
cuidao que se están poniendo
este verano animados
los baños.
SINF. —Cállate, Pedro;
si yo no he visto aquí nunca
tanta gente.
PED. —Son muy buenos;
son unas aguas salúferas,
claro-boro-sulfo-termo,
y qué se yo qué más cosas
que dice D. Anacleto.
Tienen muchísima sal.
Y sosa.
SINF. —Oye, no lo entiendo.
Ó son sosas, ó saladas...
PED. —Vete tú á saber; misterios
científicos; eso, solo
puén explicarlo los médicos.

Y curan *tós* los dolores...

SINF. —¿Todos?

PED. —Un porción de ellos.
—Los dolores de cabeza;
los de vientre...

SINF. —¿También esos?

PED. —Ya lo creo, y otros varios;
curan humores diversos...
El único que no curan
es el mal humor del dueño,
que siempre tiene el maldito
de mil demonios el genio.

SINF. —Oye, y hay este año gente
de *tós* colores y pelos;
miá que ese señor casado
que ha venido en el expreso,
que se llama Rubio...

PED. —Sí...
Miá que rubio, y es más negro...
Y que tiene por esposa
una hembra de cuerpo entero.

SINF. También ha venido otro
que se apellida Moreno...

PED. —¿También casado?

SINF. —También.

PED. —¿Y ella es guapa?

SINF. —Un tipo esbelto;
más rubia que las espigas...

PED. —Atiza, tiene salero...
Mujer de Moreno, y rubia...
Rubias... como yo las quiero... (Va á abrazarla.)
Me entusiasmo por las rubias...

SINF. —Pero, chico, estate quieto;
si yo no soy rubia...

PED. —No;
tú, prenda, tienes dos pelos...

SINF. —¿Eh?

PED. —Claro, que eres morena
tan solo de medio cuerpo,
y del otro medio rubia...

SINF. —Pero ¿qué dices?

PED. —Lo cierto. (Muy rápido)
Y si no, míralo aquí,

en este lado derecho
tienes dos lunares rubios...
SINF. —Vamos, que me dejes, necio,
PED. —Ven aquí, pichona mía...
SINF. —Mira, me marcho hacia adentro;
no tengo gana de murga...
PED. Y yo tras de tí, lucero...
¡Ay, me gusta el pelo rubio!
SINF. ¡Si tú no entiendes de pelos! (Salen.)

ESCENA II

CARMEN y RAFAEL.

RAF. Me enloqueces, remonona.
CARM. No aumentes mi turbación.
—¿Me quieres mucho, pichón?
RAF. —Te quiero mucho, pichona.
CARM. —A tu lado, rico, paso
horas tiernas y felices...
RAF. —¿Es verdad lo que me dices?
CARM. —Me muero si no me caso.
¡El amor! Rico verjel,
en que se embriaga una...
Estamos en nuestra luna
de miel...
RAF. —Sí, de mucha miel.
CARM. —Ay, cállate, me alborotas;
no pienses en el exceso,
la miel es líquido espeso
que sólo se toma á gotas.
RAF. —Como quieras... Yo tu gusto
haré...
CARM. —Hay que dominarse,
y á lo justo á que ajustarse...
RAF. —Pues, yo me pondré bien justo.
CARM. —Es que temo á tus enredos...
Eres goloso, y...
RAF. —¡Bobada!
Pero cuando algo me agrada,
me chupo luego los dedos.
—¿Qué tal te encuentras aquí?
CARM. —¡Oh!, yo me encuentro muy bien;

á tu lado, es un edén
este sitio para mí.
RAF. —Retraído y apartado,
es uno de los mejores
para que en él sus amores
esconda un recién casado.
Aquí se ponen muy gruesas,
aún las que vienen maluchas,
y como querías duchas,
y ambicionabas sorpresas,
te he traído, con ese intento,
á recibir chapuzones...
¡Verás qué gorda te pones
en este establecimiento!
CARM. —Gracias te da tu mujer.
RAF. —Te pondrás bajo los caños.
CARM. —¿Voy á tomar muchos baños?
RAF. —Muchos; baños... de placer.
CARM. —Picaronazo... Te entiendo.
Me voy para nuestro nido...
¿Vienes tu también, querido?
RAF. —No me quedo aquí leyendo.
CARM. —¡Anda de ahí, mala persona!
RAF. —Dices eso sin razón...
Pichona mía...
CARM. —Pichón... ¡Remonono!
RAF. —¡Remonona! (Váse Carmen.)

ESCENA III

RAFAEL (Sólo.)

RAF. Pues, señor, lo que me pasa
es para tenerme inquieto...
Y si mi mujer se entera
va á haber un disgusto serio...
Ella que me tiene á mí
por un esposo modelo,
y se figura la pobre
que á ella, á ella sola la quiero...
Después de todo, era lógico
que ocurriese este tropiezo.
Han sido las hembras rubias
mi afición, cuando soltero;

por una rubia graciosa
bebí yo siempre los vientos...
Me casé, y como el gusto,
según afirman los técnicos
se encuentra en la variación,
dije... pues ahora me vuelvo,
y para esposa elegí
una morena... Y el resto
se adivina... La afición
á las rubias no la pierdo,
y claro, de la primera
que me ha salido al encuentro,
he vuelto á enamoricarme
como si fuera un borrego.
¡Y que es guapa! ¡Qué mujer!
¡Qué miradas! ¡Qué cabellos!
Parecen hebras de oro
que ciegan con sus reflejos.
¿Quién será? ¡Yo he de enterarme!
Si yo pudiera un momento
hablarle á solas... quizás
lograra su amor... Veremos.

ESCENA IV

RAFAEL y ALBERTO.

ALB. (Buscando.) ¿Dónde estará mi mujer?
Hace rato no la veo...
Apostaba cualquier cosa
á que está mojando el cuerpo.
¡Calla! ¿Quién se encuentra aquí? (Reparando en Rafael.)
Esa cara la recuerdo...
RAF. Me parece conocer...
ALB. Es Rafael...
RAF. —Es Alberto...
ALB. —¡Chico, eres tú!
RAF. —El mismo soy.
Tu amigote de otros tiempos.
ALB. —Amigo muy entrañable,
que siempre en la mente tengo.
Dame un abrazo.
RAF. —Y catorce. (Se abrazan.)

ALB. —Vaya, que feliz encuentro.
No te conocí al principio;
estás tan grave, tan serio,
y te has dejado la barba...
RAF. Me he hecho ya un hombre de peso.
Tú también te has transformado...
ALB. ¡Algo! Los años... y el método.
Hago ahora ya mejor vida
que hacía antes...
RAF. —Lo celebro.
Yo también, chico, he sentado
ya los cascos, ¡qué remedio!
ALB. —Toma un pitillo. (Pausa.) Ahí va lumbre.
(Dándosela.)
Siéntate, anda, y charlaremos
un rato de lo pasado,
evocando los recuerdos...
¿Qué vida, Rafael, te acuerdas?
RAF. —¡No he de acordarme! ¡Qué tiempos,
qué aventuras y qué *juergas*,
y qué líos, y qué enredos!...
En cuestiones de mujeres
ninguno le alzaba el dedo
á Rafael Rubio...
ALB. —Oye, oye,
ni á D. Alberto Moreno;
porque si tú eras de bulla,
yo era también de jaleo...
RAF. Los dos, chico; la verdad,
nos ganábamos el premio.
Y qué osadía teníamos...
ALB. —Vaya un desparpajo el nuestro.
De mujeres, á ninguna
le guardábamos respeto...
RAF. —¡A ninguna! Ni solteras,
ni casadas...
ALB. —¿A esas? ¡Menos!
Chico, si no hay mejor fruta
que la del cercado ajeno.
RAF. —Ni á las viudas.
ALB. —Tampoco á esas.
En siendo del bello sexo.
RAF. —¡Qué de conquistas hicimos!
ALB. Muchacho, las que cayeron...

RAF. Eramos irresistibles...
ALB. Las infundíamos miedo...
—¿Te acuerdas, Rafael, te acuerdas,
cómo perdías tú el seso
por las rubias?
RAF. —A tí, en cambio,
te gustaba lo moreno.
ALB. En fin, chico, ya pasó
la época de devaneos...
Ya hay que ser hombres formales.
Sabrás que tu amigo Alberto
se ha casado...
RAF. —¿Tú?
ALB. —Yo, sí;
¿qué encuentras de extraño en ello?
RAF. —De extraño, nada; mas yo
te suponía aún soltero.
ALB. —Pues, sí, chico, me casé,
y por la vida que llevo,
puedo decirte que estoy
del matrimonio contento.
RAF. —Me complace que así sea...
Bien, muchacho... Por supuesto,
que con arreglo á tus gustos,
habrás picado en el cebo
de alguna morena hermosa...
ALB. —¡Eh!... ¿Morena...? (Vacilando.)
RAF. —Tal yo creo.
¿No las adoraste siempre?
ALB. —Sí, yo á las morenas...
RAF. —Cierto.
ALB. —Y tú á las rubias...
RAF. —Eso es...
¿Qué?... ¿Es de las de mi pelo?
ALB. (Con desconfianza.) —No, no... Es una morena;
un tipo, chico, soberbio;
con una cara de buten,
y con unos ojos negros...
RAF. —Pues, nada, mi enhorabuena.
Me presentarás...
ALB. —Veremos...
RAF. —Ahora, voy yo á darte á tí
otro notición tremendo...
ALB. —¿Cuál?

RAF. —Prepárate; que yo
también hice mi himeneo...
ALB. —¿Que tú?... Anda, y te extrañabas
antes de mi casamiento...
RAF. —Pues, sí, chico, hace ocho días.
ALB. —¿Nada más?
RAF. —Ni nada menos.
ALB. —¿Te irá muy bien hasta ahora?
RAF. —Hasta ahora marcho al pelo.
ALB. —¿Y es rubia, como las que antes
te gustaban?
RAF. (Aparte.) —(Flojo aprieto.
Cualquiera se fía de éste...
¡Qué le digo!)
ALB. —Rubia; apuesto
cualquier cosa á que he acertado.
RAF. —No es difícil el acierto.
Sabiendo mis aficiones...
ALB. —¡Claro! Pues, Rafael, deseo
que feliz con ella vivas...
RAF. —Muchas gracias. Y yo, Alberto,
querré que con tu morena
tengas ventura sin cuento...
ALB. —¿Te vas?
RAF. —Si, me voy á verla.
ALB. —Un abrazo; otro bien prieto. (Se abrazan.)
RAF. —Dale recuerdos...
ALB. —Y tú...
RAF. —Ya nos las presentaremos. (Váse Rafael.)

ESCENA V

ALBERTO. (Sólo.)

ALB. No era nada lo del ojo,
y se trataba de un tuerto...
Me ha hecho gracia Rafael...
Cualquier día le presento
yo á mi esposa... Una rubia
de las que á él le vuelven lelo.
No, y que si se tiene en cuenta
el grandísimo respeto

que le inspiran las casadas...
No hay que jugar con el fuego.
Es necesario que viva
muy prevenido y despierto.

ESCENA VI

ALBERTO é ISABEL

ISA. (Entra.) —Alberto...
ALB. —Hola; mi mujer.
ISA. —Te buscaba...
ALB. —Héme aquí.
¿Querías algo de mí?
ISA. —Verte.
ALB. —Y yo te quiero ver.
ISA. —Yo no sé qué inquietud siento
cuando te encuentras ausente...
Ahora ya estoy sonriente.
ALB. —Y yo ya estoy muy contento. (Con mimo.)
Lo mismo que á tí me irrita
tu ausencia. Es que me enamoras,
y quisiera á todas horas
estar con mi mujercita.
ISA. —¿Me quieres?
ALB. —Por de contado.
Me tienes loco perdido;
tu cara me ha seducido
y tu pelo me ha prendado.
ISA. —Por ti siento igual anhelo...
También eres tú guapote.
Si tuvieras el bigote
rubio, así, como mi pelo...
ALB. —¡Vaya un capricho! (Carape,
como venga Rafael...)
ISA. —Oye, Alberto...
ALB. —¿Qué, Isabel?
—(Es preciso que me escape,
y vigile á ese tronera...)
ISA. —Que me acerques una silla.
ALB. —Ahí la tienes, mimosilla. (Se la da.)
ISA. (Con displicencia.) —Paseé por la ribera
del río, viendo la mansa

corriente..., y tanto he andado
que, la verdad, me he cansado...
ALB. —Siéntate un rato y descansa.
ISA. (Sentándose.)—¡Ay, qué dicha!
ALB. —¿Quieres leer?
(Yo no pierdo á ese de vista.)
Mira, toma esta revista,
y mientras yo voy á ver
si nos preparan el baño...
ISA. —¡Ay, tengo el cuerpo tan flojo!
¿Me hará daño, si me mojo?
ALB. No, rica; no te hará daño.
Hasta ahora.
ISA. —Vuelve pronto...
ALB. En seguida... (En cuanto deje
asegurado á ese paje...)
ISA. —No te tardes...
ALB. —¡Tonta!
ISA. —Tonto. (Sale Alberto.)

ESCENA VII

ISABEL Y RAFAEL

RAF. Allí está el tormento mío...
¡Qué bella! ¡Qué interesante!
Esta es la ocasión pintada.
Voy en seguida acercarme...
La floreo, me declaro,
la llamo lucero y ángel,
y dentro de dos minutos,
está *si cade ó non cade.*
¡A la brecha! Valor y ánimo.
Tipo, postura... y arránque. (Contoneándose.)
(Adelante.) Señorita... Señorita...
ISA. —¿Eh?... ¿quién? ¡Huy, el mismo de antes!
Jesús, que hombre más pesado...
Digo, si Alberto lo sabe...
Caballero, por favor...
RAF. —Señorita, soy un mártir,
un prisionero, un esclavo
de ese palmito admirable...
ISA. —Háse visto, qué atrevido...

RAF. (Con énfasis.)—Por usted, por su semblante,
y por ese pelo rubio
que recuerda el oro mate,
estoy chiflado, señora...
Sí, señorita; es un cráter
mi pecho...

ISA. —Pero Dios mío...
Ay, caballero, repare
que yo no puedo atender
á sus favores galantes...
Soy casada...

RAF. —No me importa.

ISA. —¿Qué no le importa? ¡Diantre
con el hombre!

RAF. —A pesar de eso,
yo ambiciono ser su amante.

ISA. —¡Desvergonzado!

RAF. —Señora,
piense en que mi pecho arde...

ISA. —Pues, ahí cerca tiene el baño,
y puede usted remojarse...

RAF. —Déme usted algún consuelo;
una palabra, una frase
de esperanza...

ISA. —No es posible.

RAF. —Algo que mis ansias calme...
¿Puedo esperar su cariño?

ISA. —¡Vaya usted, y que lo aspen! (Sale Isabel.)

ESCENA VIII

RAFAEL, sólo; luego PEDRO.

RAF. Lo que es el primer encuentro
no ha sido muy favorable;
caracoles, con la dama;
pero no hay que amilanarse
por eso..., ¡más entusiasmo
cuantas más dificultades!
¿Rubia, casada y honesta?
¡El colmo de lo adorable!
Ahora le escribo una carta,
y de esta *hecha* si que cae...
Puede ser que frente á frente

no se atreva, y que un volante
cariñoso y sugestivo
la conmueva... ¿quién lo sabe? (Se pone á escribir).
Eso es... «Adoradísima».
A esto no resiste nadie...
Bien, me va saliendo bien.
«Un amor firme y constante
que no habrá nada en el mundo
que borre...» ¡Un borrón, carape!
Debo elogiar su cabello.
Le diré... (Pensando) ¡cabello de ángel!
¡Al pelo! La despedida,
y suyo... (¡qué grata frase!)
que *be sus pés*, y si puede
la besará en otra parte...
Erre, erre.» (Me someto
á que me diga: *arre, arre.*)
¡Magnífico! ¡Superior!
Voy á llamar al instante
para que la entreguen pronto,
¡y á esperar el desenlace! (Llama).

PED. —Señor... ¿Deseaba algo?

RAF. —Sí, ven acá; tú observaste
esa señora que estuvo
aquí hace poco?

PED. —No es fácil
recordar, porque son tantas
las que entran y las que salen...

RAF. —Una rubia...

PED. —¡Ah! la de rubio...
—Sí; la conozco.

RAF. —Pues, dale
esta carta pronto, y toma
por el encargo diez reales.

PED. —Muchas gracias.

RAF. —Vé en seguida.

PED. —Al momento...

RAF. —Que te tapes
para dársela, no sea
que se vaya á fijar alguien.

PED. —Cá, no.

RAF. —Y ten mucho cuidado,
no vayas á equivocarte... (Sale Rafael).

ESCENA IX

PEDRO; luego SINFOROSA.

PED. ¡Diez reales! Buena propina...
¡Qué espléndidos y *donantes*
son estos señoritingos
madrileños!... ¡Vaya un viaje
bien pagado! Yo me huelo
que aquí debe haber enjuague.
Este es un lío amoroso.
¡A mí no me la da nadie!
Y dí, Perico, ¿está bien
que tú andes en esos lances?
Pa estas cosas las mujeres
son realmente indispensables...
Se me ha ocurrido una idea.
Darle á Sinforosa parte
en el negocio; que lleve
la carta, la doy dos reales,
y me gano yo solito
dos pelas, sin menearme.
(Llamándola). ¡Sinforosa! ¡Sinforosa!

SINF. —¿Qué quieres hombre?

PED. —Ocuparte.

SINF. —¿Cómo?

PED. —Sí, una ocupación
de provecho; sólo es darle
esta carta á esa señora
de rubio, que tú ya sabes,
y nada más que por eso
te vas á ganar dos reales...

SINF. —Pero, ¿eres tú el que la escribes?

PED. —No, tonta, un veraneante...
Toma.

SINF. —Muchas gracias, hombre.

PED. —Yo me he dicho: entre ganarme
esas perras, ó la *Sinfo*,
mejor que ella se las gane.

SINF. —Gracias...

PED. —¿De donde venías?

SINF. — Ahora mismo, de la calle
de comprar este frasquito.

PED. —¿Y que es eso?
SINF. —Un cachivache
ridículo... Tinte rubio,
pa el pelo, *pa* restregarse,
y mudarle la color...
PED. —¿Por qué no te das tú un pase,
á ver si te pones rubia,
que estarías dislocante?...,
y en cuanto que te tiñeras
entraba yo á camelarte,
y ¡zás! en los mismos *rubios*... (Haciendo ademán apropiado.)
SINF. —Quita, que pués ir al aire.
PED. —Voy á entregar estas cosas...
¿Con que dices que el mensaje
para la de Rubio?
PED. —Sí...
Oye, oye, que te tapes
para dárselo, no sea...
¡Y cuidao en equivocarte! (Sale Pedro.)
SINF. —Miá que equivocarme yo...
La de Rubio, doña Carmen,
la mujer del señor Rubio,
ese gachó tan tunante
que me da un pellizco siempre
que me encuentra..., en cualquier parte...
Y el frasquito este del tinte,
éste, tengo que entregarle
á la otra, á doña Isabel,
la de Moreno... Es chocante
lo que quiere; antes estuvo
refiriéndome sus planes,
y tiene gracia la cosa:
Para que su esposo cambie
de color, y hacerle rubio,
va el bigote á embadurnarle.
Vaya, pues, voy en su busca,
aunque quizá estén bañándose. (Sale).

ESCENA X

RAFAEL y ALBERTO.

RAF. —Pues, sí, chico, lo que oyes...
¿qué quieres? me he enamorado...
Es una rubia preciosa...
con un pelo, y con un garbo...
Si tú la ves; si la vieras,
te quedabas alelado...

ALB. —(No digo nada, el mocete...
¿Eh? ¿Hago bien, ó no hago
en estar yo prevenido?
Cuando al vecino rapado
veas...)

RAF. —Y eso que quizás
no te gustase á tí; claro...
Tu afición son las morenas,
y por eso te has casado
con una morena...

ALB. —Sí...

RAF. —Te advierto que estoy ya en pasos
mayores, y espero pronto
recibir el «sí» anhelado...

ALB. —Pues, chico, me alegraré
que aciertes bien en el clavo...
(A cualquier hora ves tú
á mi mujer ni en retrato.)

RAF. —Oye, le he escrito una carta
en estilo apasionado...
Como tema de piropos
tomo su pelo ondeado,
y, chico, la tomo el pelo
con un acierto y un tacto...
¡Ah, y en cuanto sea mía
correremos un juergazo
los tres!... chico, te convido;
vas, y dejas con un palmo
de nariz á tu mujer,
y vienes á acompañarnos...
¡Hay qué recordar los tiempos
de nuestros triunfos pasados!

Vaya, chico, pues hasta ahora,
porque estoy con sobresalto
hasta saber si la pájara
ha caído ya en el lazo... (Sale Rafael.)

ESCENA XI

ALBERTO; luego SINFOROSA

ALB. —No hay duda; debo observarle...
Él si que está hecho un buen pájaro;
porque lo que hace con esa,
lo repetiría en cuanto
viese á mi mujer... Por cierto
que no está aquí... No descanso...
¿A dónde habrá ido?... Es preciso
que no la pierda los pasos...
SINF. —Bueno; aquí está D. Alberto,
y á él se lo doy... Para el caso
es lo mismo... Señorito
ALB. —¿Qué querías?
SINF. —Este encargo
que me hizo antes la señora...
(Pues, vaya si estará guapo
con el bigote de rubio...)
ALB. —¿Cómo? (Cogiendo el frasco.)
SINF. —La estuve buscando,
y no he podido encontrarla.
Haga usted el favor de dárselo.
Vaya, hasta luego... Por fin
he salido de mi cargo...
Ya entregué los dos objetos...
La carta se la he dejado
en su cuarto á doña Carmen,
lo mismo que me ordenaron...
¡Qué tranquila se queda una
cuando hace bien los recados! (Sale Sinforosa)

ESCENA XII

ALBERTO; luego CARMEN

ALB. (Examinando el frasco.) ¡Cosa más particular!
No sé... Nada, que no salgo
de mi asombro... Tinte rubio
para el pelo..., y esto en manos
de mi mujer... ¡Si ella es rubia!
Pero, ¿para qué diablos
quiere Isabel este tinte?
Me está una idea asaltando...
Pero, no; si no es posible...
si mil veces me he fijado
en sus preciosos cabellos,
y parecen espontáneos...
Más, qué... ¿no está aquí la prueba?
¡Ah, bribona, me ha engañado!
Con que la quise por rubia,
y ahora resulta que es falso
el color de sus cabellos,
y que se pinta... ¡Menguado
de mí, si de esta impostura
no se vengara mi mano!

CARM. (Trae la carta entre las manos.) ¡Ay, yo estoy descon-
(solada!
¡Ay, que pillo, qué malvado!
Pero, es posible, Dios mío?
El, mi Rafael, tan manso,
tan cariñoso, y resulta
que me la estaba pegando...
No cabe duda. Esta carta
es suya... Se la ha dejado
olvidada... ¡Y dirigida
á una rubia! Yo desmayo...
¿Con que le gustan las rubias?
¡Le gusta el color contrario
al mío! ¡Qué desconsuelo!
¡Yo he de vengarme, villano!

ALB. (Aparte.)—Me vengaré; sí, señora.
¿Con que teñida? ¡Buen chasco!
Si no hay como lo moreno.
Ahí no hay trampa, no.—Por algo

quise á las morenas siempre.
Isabel, tendrás tu pago...
A la primera morena
que me encuentre, me declaro...

CARM. —¿Con que cartitas á rubias?
Bien, Rafael, serás pagado...
Como alguien se me declare
te juro que le hago caso.

ALB. (Fijándose en Carmen.)—¿Morenas dije? ¡Pues, vaya
una de pistón! ¡Canastos!
¡Qué cabellera y qué cuerpo,
y qué cutis y qué ojazos!...
Más á punto, ni pedida.
Nada, nada, que me lanzo.

CARM. —Pérfido, cruel, infame...

ALB. —Parece que está llorando... (Acercándose.)
¿Qué le pasa á usted señora?

CARM. —¡Ay, señor, un disgustazo
horrible!... Que mi marido
me engaña...

ALB. —¡Uy, malo, malo!
Yo conozco lo que es eso.

CARM. —¿También es usted engañado
por su marido?

ALB. —¡Señora!

CARM. —¡Ay, no sé lo que me hablo!
¡Qué granuja! Para esto,
para darme malos ratos,
se pinta sólo...

ALB. —¿Se pinta?
Como mi mujer. Exacto.
También se pinta ella sola,
allí, encerrada en su cuarto.

CARM. —Por eso huía de mí...
Es natural, enfrascado
con la rubia...

ALB. —La tintura,
sí, señora, es nuestro daño.
¿Con que ese también se enfrasca?
¡Malditos sean los frascos!
No; y que se dará con ella
unos restregones...

CARM. —¡Cuanto
engañan las apariencias!

ALB. —¡Uy, que si engañan!
CARM. —¡Ingrato!
Ya le conocí la pinta.
ALB. —Yo también se la he notado.
CARM. —Pues, yo no aguanto esa mancha.
ALB. —Ni yo las manchas aguanto.
O se lava bien lavada,
ó yo no sé lo que hago...
Estoy pensando una cosa.
CARM. —Diga usted...
ALB. —Es necesario
que nos venguemos los dos...
CARM. —Estoy conforme.
ALB. —Pues, vamos
á entendernos desde ahora,
y así quedarán pagados
en igual moneda ellos;
para un engaño, otro engaño...
CARM. —Me parece bien la idea.
ALB. —Pues, trato hecho; yo la amo
á usted desde este momento...
CARM. —Y yo también le idolatro...
ALB. —Prenda amada... (Con ficción.)
CARM. —Dulce dueño... (Lo mismo.)
ALB. —¿Nos vengamos?
CARM. —Nos vengamos.
ALB. —Y como primera prueba
de cariño, le regalo
á usted el frasco dichoso,
origen de mi quebranto... (Se lo da.)
CARM. —Un frasco de tinte rubio;
¡oh!, que magnífico hallazgo...
Pérfido y cruel marido,
quedarás escarmentado.

ESCENA XIII

ALBERTO, CARMEN Y RAFAEL

RAF. ¿Y mi rubia? No la encuentro...
Hablarla otra vez quisiera...
Busqué por dentro y por fuera,
y no está afuera ni adentro.
Posible es que haya venido

hacia aquí... Vamos á ver...
¡Zapateta! Mi mujer
con Alberto...

CARM. —Mi marido...

ALB. —Hombre, Rafael por aquí.
Vas á ver tú lo que es bueno,
y verás si lo moreno
me sigue gustando á mí.

CARM. ¡Desalmado! Ahora verás...
Esté usted conmigo amable.

RAF. —Pero esto es intolerable.

CARM. —Acérquese usté á mí; más.
Y dígame sin reparo
frases dulces y melosas...

ALB. —No se ponen mal las cosas;
pues, yo voy á hablar bien claro,
aunque esté delante ese...
Anda, que afine la vista,
y así verá la conquista
que hago yo, mal que le pese.
(A Carmen.) Hermosa mía, esa trenza
de pelo negro y sedoso,
me hace, al mirarla, dichoso...

RAF. ¡Qué poquísima vergüenza!

ALB. —Ahí no habrá cartón ni trampa,
ni colorines aviesos,
y yo podré darla besos
sin escrúpulo...

RFA. —¡Ya escampa!

ALB. —Ah, señora; usted es el cielo
con que mi mente ha soñado.

CARM. —¿Dice usted que le he gustado?

ALB. —Sí, señora; por el pelo.

CARM. —(Anda, maridito, rabia;
para que á las rubias quieras.)

RAF. —Habrase visto... boceras...
¡qué atrevimiento, y qué labia!
Esto no puede seguir.
Ya desenvoltura tanta...

CARM. —¡Y el muy infame se aguanta!
Ay, yo me voy á morir... (Gimiendo)

ALB. —En esa boca de miel...

RAF. —Pero ¿qué es esto? No acierto...
Ea, bastante ya, Alberto...

¿qué haces?
ALB. —Hola, Rafael...
Cállate, chico, que estoy
conquistando á esta morena.
RAF. Pero...
ALB. —¡Calla! Cosa buena.
Chiquillo, ésta va á caer hoy.
Escucha lo que le digo.
La cosa marcha muy bien.
(A Carmen.) Es un amigo...
CARM. —Sí; buen
amigo está el tal amigo.
ALB. —Fíjate, Rafael, tú viste
en toda tu vida entera,
como ésta, otra cabellera
tan suave...
RAF. —¿Quién resiste?
ALB. Esto es pelo.
RAF. —¡Ya se ve!
Tus rubias á mí me asustan.
Ah, porque á este le gustan
las rubias...
CARM. —Sí; ya lo sé...
ALB. —Con una rubia ha casado.
CARM. —¿Cómo?
ALB. —A él se lo he oído.
Puede que haya desteñido,
y ya se haya amorenado.
CARM. —¡Infame!
ALB. —Aprende, aprende,
á tener pupila y gusto...
Mira, qué tipo... y qué busto.
CARM. —Si, señor; usted lo entiende.
RAF. —Vaya, pongamos el fin...
Alberto, haz el favor; vente.
Tengo que hablarte.
ALB. —¿Es urgente?
RAF. —Muy urgente.
ALB. —Serafín... (A Carmen.)
dispensa si unos instantes
del lado tuyo me alejo;
pero aunque un rato te dejo,
volveré aquí cuanto antes.
CARM. —Gracias... Siquiera me mira. (Por Rafael.)

RAF. —Esto quedará aclarado.
ALB. Nada, chico, la he flechado...
Mírala como suspira. (Salen.)

ESCENA XIV

CARMEN, sola.

CARM. (Llorando.) ¡Dios mío, no puedo más!
No sé cómo he resistido
tanto tiempo... Qué desviado,
qué indiferente y qué esquivo...
Yo que creí que con la farsa
regresaría á su nido...
¡Los hombres! buena gentuza
cuando se les va el cariño...
¿Y qué voy yo á hacer ahora?
Porque ya me he convencido
de que le gustan las rubias...
Su amigote me lo ha dicho.
¿Qué voy á hacer? Lo que antes
he pensado; muy sencillo.
¿No tengo este frasco aquí,
de tintura?... Pues, me tiño,
y á ver si logro gustarle
disfrazada, á ese bandido. (Sale Carmen.)

ESCENA XV

RAFAEL, luego ALBERTO

RAF. La cuestión era sacarle
de aquí... ¡Ay, yo no respiro!
A ver dónde está la infame
de mi esposa... ¿Ya se ha ido?
Tiene la cosa que ver...
Mientras que yo me dedico
á conquistar á la rubia,
mi mujer, con un amigo,
me la está también pegando...
No me parece eso lícito.
¿Otra vez viene éste aquí?
Claro, á buscarla... ¡Maldito!...

ALB. —Oye, ¿has visto á *esa?*
RAF. —¿A quién?
¿quién es «esa»?
ALB. —La del lío.
RAF. —El lío es el que tú á mí
me estás armando...
ALB. —¿Te intrigo,
verdad?
RAF. —No, lo que me haces
es la pascua.
ALB. —No adivino...
RAF. —Mira, Alberto, hablemos claro,
y que concluya este cisco...
ALB. —Habla.
RAF. —Pues, que esa mujer
que tú te habías creído
que á mí nada me importaba,
¡es mi esposa!
ALB. —¡San Remigio!
¿Tu esposa? ¿Quién lo dijera!
Como me dijiste, chico,
que tu mujer era rubia,
la verdad...
RAF. —Lo he comprendido.
Pero te tenía miedo,
y por eso fué el decirlo...
ALB. —Pues, estate descuidado,
que yo, muchacho, no insisto.
RAF. —No, si lo peor de todo
es que por este asuntillo,
tengo descuidado... lo otro
que me interesa... lo mío...
ALB. —¿El qué?
RAF. —Pues, lo de mi rubia,
que ya debe haberme escrito.
Anhelo verla... y decirla...
Aquí viene.
ALB. —¿Me retiro?
RAF. —No, quédate, y la conoces.
Esta es...

ESCENA XVI

RAFAEL, ALBERTO, ISABEL; luego CARMEN

ALB. —¿Esta? ¡Santo Cristo!
IS. ¿Otra vez aquí ese pelma,
y hablando con mi marido...
ALB. —Pero, oye, Rafael, ¿tú sabes
quién es esta mujer?...
RAF. —¡Digo,
que la tuya no será!
ALB. —Pues, es la mía...
RAF. —¡Bonito
calambur! Pero, oye, oye;
si bien me acuerdo, me has dicho
que la tuya era morena...
ALB. —¿Y eso qué importa, borrico?
Bien morena es, y se tiñe.
IS. —¿Oye, tú, que yo me tiño?
RAF. —Pues, te digo la verdad;
yo tengo especial capricho
en que mi mujer conserve
negro el pelo, y garantizo
que si se tiñera un día,
la dejaba...
CARM. (Entrando.)—Ea, listo;
á ver si me quiere ahora... (Trae el pelo teñido de rubio.)
ALB. —Ahí está.
RAF. —¿Qué es lo que miro?
¡Teñida!
CARM. —¿No te gustaban
las rubias? ¡Pues me he teñido!
¿Te agrada ahora tu mujer?
RAF. —Anda á lavarte ahora mismo,
y procura que te quede
bien negro el pelo, y bien limpio.
ALB. —Y tú también, á lavarte.
IS. —¿Yo?
ALB. —Sí, ¿crees que no he sabido
que te tiñes?
IS. —¿Quién, yo? ¡Esposo,
te juro!... Dí, ¿qué motivos

tienes para suponerlo?
ALB. —Ya te explicaré...
CARM. —Transijo
con lavarme, si me dices
que á las rubias no has querido.
RAF. —¿Yo á las rubias? ¡Ni mirarlas!
CARM. ¿Y esta carta, fementido?
RAF. —¡Caracoles, á qué manos
ha ido á parar el escrito!
ALB. —Anda, la carta para esta;
menos mal que no la ha leído.
RAF. —Eso... ha sido una broma
que quise darte...
CARM. —¿Confío
en que me querrás?
RAF. —Sí, mucho.
CARM. —Pues, entonces, me destiño.

ESCENA XVII

Dichos, SINFOROSA y PEDRO

PED. —¿Se puede?
RAF. —Pasa, muchacho.
PED. —Pues, venía, *señuritu*,
á decirle quo la carta
ya ha llegado á su destino...
RAF. —Toma, pues, ponle ese sello. (Le da un puntapie.)
PED. —Me huelo que he delinquido.
SINF. —¿Puedo pasar, señorita?
IS. —Sí, pasa.
SINF. —Pues, el frasquito,
como no la he visto á usted,
se lo entregué á su marido.
Como me había encargado
la señorita sigilo,
creí que tan sólo debía
dárselo á él...
IS. —Ah, ya me explico...
Por eso ahora se imagina
que me disfrazo y me pinto...
RAF. —Bueno, toda vez que estamos

aquí los cuatro reunidos,
voy á presentar á ustedes...
á mi mujer...

ISA. —Felicito...

ALB. —Y yo también á la mía...

CARM. —Tanto gusto...

RAF. —Siempre amigos
hemos de ser...

CARM. —Y nosotras...

RAF. Y á vivir todos tranquilos. (Se une cada pareja del brazo, y adelantan hacia el proscenio.)

ALB. (Al público.) En nuestra dicha serena
no haya nublado ni lluvia...

ALB. Moreno quiere á su rubia.

RAF. Rubio quiere á su morena.

TELÓN



Precio: UNA peseta.